

RECENSIONES

Fidel y la religión. Conversaciones con Frei Betto. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1985, 383 págs.

El fin del año 1985 nos trajo una novedad editorial de gran interés para las personas preocupadas en temas como la sociología de la revolución, la revolución cubana, Fidel Castro, iglesia y revolución en América Latina y en Cuba y relaciones entre marxismo y cristianismo.

En octubre de 1985, la Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado de La Habana publicó el libro que nos ocupa. Y en diciembre del mismo año, la editora dominicana Alfa y Omega hizo una reedición facsimil.

Como se desprende del título, el libro recoge fundamentalmente cuatro largas entrevistas tenidas en el mes de mayo de 1985 entre el sacerdote dominico brasileño Frei Betto con el presidente de la República Cubana, Dr. Fidel Castro sobre el tema de la religión, en particular la católica.

La tónica del libro no es la diatriba anti-clerical de los años 1960 y 1961 cuando la revolución cubana tuvo que enfrentar la oposición contra-revolucionaria incluida la de los grupos católicos. Lo novedoso es que ahora Castro asume una posición dialogante ante el fenómeno religioso y ante la iglesia católica. Este tono no es del todo nuevo. En varias ocasiones anteriores, dentro y fuera de Cuba, Castro lo había tratado. Ahora lo hace con mayor extensión y compleción. Los años pasan y las mismas ideas adquieren nuevas dimensiones. Además, el desarrollo de la teología de la liberación, la revolución nicaraguense, las inflecciones de la revolución cubana, la evolución del episcopado cubano, etc., son un nuevo marco de referencia.

La primera impresión que se saca del libro es que el catolicismo,

aunque es verdad que no fue una religión popular en Cuba como lo es en otros países latinoamericanos, no es ajeno ni al pueblo cubano, ni a Castro como persona, ni a la revolución cubana.

De la religiosidad de Castro hay que aceptar sus propias palabras. El admite que no tenía "una especial inclinación o vocación religiosa" (p. 122) y que no llegó a "adquirir una fe religiosa" (p.322). Pero la fe de la familia, en particular de su madre (p. 45) y los años de alumno interno en los colegios de los hermanos de La Salle y de los padres jesuitas no lo han hecho indiferente al dato religioso. Pero como la fe pertenece al espacio de la relación Dios-hombre, lo dejamos al dominio del misterio de la fe.

En cambio, dice que desde el bachillerato se va haciendo un martiano y un admirador de las luchas históricas del pueblo cubano (p. 158) y que ya en la universidad tiene una formación marxista-leninista y una "idea revolucionaria bastante cabal" (p. 157).

Decíamos también que la religión está presente en la revolución. Aunque las luchas independentistas cubanas dejaron a la iglesia en una posición de desprestigio por su vinculación a España y débil por la instauración de un estado laico, en las décadas de 1940 y 1950 la iglesia fue ganando un mayor espacio en la sociedad cubana hasta llegar a emitir palabras sobre el proceso político. Hacia la revolución hubo una simpatía y un acercamiento inicial que oscilaba desde la integración total hasta la admiración con reservas. Eclesiásticos llegaron a desarrollar una apocalíptica revolucionaria. Pero todos sabemos que hubo una ruptura alrededor del carácter socialista de la revolución.

Lo interesante es que mientras la revolución progresaba en la supresión de todas las instituciones del antiguo orden, sólo iba quedando la iglesia como la única sobreviviente. La iglesia fue adquiriendo mayor rol político y fue proporcionando una de las fuentes de donde se surtió la contra-revolución.

El triunfo de la revolución cubana contra la invasión lanzada en Bahía de Cochinos (abril de 1961) permitió a la revolución reducir a la iglesia a su mínima expresión, al orden de lo privado. Años después se pasó del enfrentamiento a la coexistencia. La constitución de 1976, actualmente vigente, reconoce la libertad de cultos, pero como una "cuestión privada", considera que el principio de educación del pueblo "es la concepción científica materialista del universo", y otorga al Estado la misión de "eliminar el fundamento de la religión por la educación del pueblo".

La iglesia, por su parte, se replegó sobre sí misma y desarrolló una vocación martirial. Pocas personas previeron un cambio. El nuncio apostólico, Cesare Zacchi, fue de las pocas personas que

intuyó la necesidad y posibilidad de buscar un nuevo *modus vivendi* entre la iglesia y la revolución.

Hoy parece que es más amplio el espectro de personas, tanto en la iglesia como en el gobierno, que comprende la necesidad del nuevo *modus vivendi*.

Veamos pues dos puntos de vista, el de Castro y el de la iglesia, ambos necesarios para comprender el momento de la historia de la sociedad y de la iglesia cubana actual. El libro que recensamos es parte de ese momento.

De la posición de Castro, quisiera fijarme en cinco aspectos. Primero, él plantea la necesidad de superar las relaciones de coexistencia pacífica que hasta ahora regulan las relaciones Iglesia-Estado. Segundo, las palabras de Castro sobre la necesidad de superar la discriminación que por razones religiosas sufren en la actualidad los católicos en Cuba (p. 281-282). Tercero, y más difícil la superación del carácter ateo del marxismo. En este punto nos detendremos.

La frase "la religión es el opio del pueblo" ha venido a sintetizar la posición materialista que sostiene Marx en su ensayo *Contribución a la crítica de la Filosofía del derecho de Hegel*. Castro le da un valor histórico a esa frase. Desde un punto de vista político, dice, la religión puede ser un opio o un remedio milagroso; y concluye diciendo "pienso incluso que se puede ser marxista sin dejar de ser cristiano y trabajar unido con el comunista marxista para transformar el mundo" (p. 333).

Nótese que Castro habla desde un punto de vista político, que prescinde de la discusión filosófica. El carácter materialista de Marx hay que respetarlo. Marx no es materialista en este libro y en esta frase, lo es de toda su vida y obra. Ahora, los marxistas y los marxismos podrán actuar con mayor o menor fidelidad a Marx de acuerdo a las necesidades históricas.

En línea con lo anterior, Castro trata del carácter materialista del Partido Comunista Cubano. Y a la pregunta de si el PCC podría en su próximo congreso de febrero de 1986 convertirse en un partido laico, considera que "no están dadas las condiciones en nuestro país para eso" (p. 245).

Los puntos cuarto y quinto en que nos fijaremos son dos notas de gran finura política. Castro desea la unidad de la iglesia y la asunción de su responsabilidad revolucionaria (p. 308). Y a la vez considera que

Es cierto que la piedra de San Pedro, sobre la cual se edificó la Iglesia Católica, es una piedra sólida, una piedra dura, y esa institución ha demostrado a lo largo de la historia experiencia y sabiduría, ha demostrado también su capacidad de adaptación a las

realidades del mundo. Tiene que haber pasado por pruebas difíciles... pero surgieron siempre las explicaciones de los teólogos, nuevos criterios religiosos, y surgieron pasos inteligentes para adaptar la institución a todos los grandes cambios políticos, económicos y sociales, ... (p. 304)

Para entender el libro hay que tener presente, como desearíamos, el ángulo de la iglesia cubana. Los antiguos maestros de Castro todavía guardan con cariño el recuerdo de aquel joven con madera de líder que ganaba medallas deportivas para sus colegios, hacía empresas riesgosas en las excursiones al campo, irradiaba simpatía y obtenía buenas calificaciones, aunque no diera indiscutibles manifestaciones de religiosidad. Era un selecto. Son más todavía los que oran por él a la espera de que él hará grandes cosas por la nación y la iglesia cubana.

Pero también la política iniciada por Cesare Zacchi va dando sus frutos. No obstante la oposición de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe a ciertas corrientes de la teología de la liberación y el creciente conflicto iglesia-revolución en Nicaragua, en Cuba se sigue una línea de acercamiento entre la iglesia y la revolución. La visita de una comisión de obispos americanos a Cuba en enero de 1985 se podría entender como parte de esa política.

En 1984 la iglesia cubana inició un proceso de reflexión que los conducirá a lo que ellos llaman su mini-Puebla o Encuentro Eclesial Nacional. En su hoja eclesial **Vida Cristiana** han ido publicando una relectura de la historia de la iglesia en Cuba que

Mira al futuro para buscar caminos nuevos, para responder a las expectativas de las sucesivas generaciones de cubanos de cara al año 2000, en el Adviento del Tercer Milenio del Cristianismo. 1017 (15 de enero de 1984).

En su circular de Cuaresma, el arzobispo de La Habana enfrentaba el problema del carácter ateo del Estado cubano y planteaba

Es necesario, pues, que los Estados no se organicen ni por ni contra ninguna religión, pero tampoco en contra o a favor del ateísmo.

Y pedía a los fieles

que ofrezcan sus sacrificios y oraciones por esta particular intención: **que pueda darse el acercamiento y la colaboración entre creyentes y no creyentes en nuestro medio.** *Vida Cristiana* 1075 (24 de febrero de 1985) 1-2.

Y como una muestra de la colaboración pedida por ambos es la reciente pastoral sobre "algunas orientaciones del magisterio eclesial acerca de la deuda externa y el nuevo orden económico

internacional" de fecha 27 de agosto de 1985 inspirada por el Encuentro sobre la Deuda Externa celebrado del 30 de julio al 3 de agosto bajo el liderazgo de Castro. **Vida Cristiana** 1108 (13 de octubre de 1985) 1-4.

En lo inmediato queda pendiente la reunión gobierno-obispos* y la visita del Papa.

Resta por hacer un balance final. ¿A qué razón obedece este libro? algunos aducen que este libro responde a una táctica política de Castro de cara a la participación de los cristianos en los procesos revolucionarios latinoamericanos. Otros lo ven como una necesidad interna cubana de integrar a la revolución un sector de la población pequeño, pero que ha dado pruebas de constancia y seriedad y que tiene un respaldo internacional en un momento en que la revolución comienza a dar signos del agotamiento propio de todo proceso revolucionario. El libro y la posición de los obispos podría ser también la asunción en seriedad de las responsabilidades comunes del partido y de la iglesia -las dos únicas instancias institucionales de la sociedad cubana- en la construcción de un futuro. Por último, y quizás más importante, esto podría ser un momento en el devenir de la sociedad y de la iglesia, del socialismo marxista y del cristianismo que nos aboca a un nuevo ordenamiento social. Sólo la dinamicidad del tiempo develará las intenciones y construirá la verdad.

Algo sobre el entrevistador. Le cupo a Frei Betto, con espíritu revolucionario y fidelidad eclesial (la entrevista se hizo con el permiso de la Conferencia Episcopal cubana), ser actor y testigo de ese momento.

* En diciembre las agencias de prensa dieron la noticia de que después de veinticinco años de distanciamiento el gobierno y el episcopado cubano se habían reunido y acordado seguir "sosteniendo encuentros sistemáticos".

Antonio Lluberes**

** Sacerdote jesuita. Licenciatura en Teología Dogmática (Universidad Gregoriana, Roma, 1977). Profesor del Seminario Santo Tomás de Aquino.